



Poesía hispanoamericana

Homero Aridjis¹

Resumen. La figura de Rubén Darío como poeta de América permite recordar a las grandes voces que el siguieron y que están en deuda con el vate nicaragüense.

Palabras clave: Darío; Huidobro; Vallejo; Neruda; Borges; Paz.

[en] Hispanic-American Poetry

Abstract. The figure of Rubén Darío as poet of America remembers the great voices that followed him and that are indebted to the Nicaraguan Vate.

Keywords: Darío; Huidobro; Vallejo; Neruda; Borges; Paz.

Sumario. 1. Vicente Huidobro. 2. César Abraham Vallejo. 3. Ricardo Eliecer Neftalí Reyes. 4. Borges, espejo del tiempo. 5. Octavio Paz, viaje al oriente de sí mismo.

Como citar: Aridjis, H. (2017) Poesía Hispanoamericana, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 253-266.

En 1966, por sugerencia de Octavio Paz, quien era embajador de México en la India, me nombraron agregado cultural en Nicaragua, para que yo, como poeta, representara a mi país en las celebraciones del primer centenario de Rubén Darío. No pude aceptar por dos razones, la primera, porque no quería estar en una nación gobernada por el dictador Somoza. La segunda, porque recibí la beca Guggenheim para escribir mi propia obra y deseaba viajar por Europa. Ahora me toca saldar mi deuda con Darío en el centenario de su muerte.

De los cinco poetas de los que voy a hablar, cuatro coincidieron en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (o Congreso de Escritores Antifascistas), en Valencia el 4 de julio de 1937. Borges no pudo asistir; por entonces su padre estaba sufriendo una muerte lenta y el poeta permanecía a su lado en Buenos Aires, pero entre 1937 y 1948 Borges escribiría en *Sur* seis artículos contra la barbarie nazi, comenzando con 'Una pedagogía del odio' (mayo de 1937), como ha escrito Antonio Gómez López Quiñones en 'Borges ante el Nazismo'.

Hablar de poesía hispanoamericana es como hablar de un continente verbal de herencias comunes y diferencias sustanciales, marcadas por geografías e historias

¹ Poeta. México.

nacionales, experiencias individuales, contextos sociales y lenguajes locales. Como dijo Octavio Paz en el prólogo a nuestra antología *Poesía en Movimiento: México 1915-1966*, a partir del Modernismo el diálogo entre España e Hispanoamérica es la historia de nuestra poesía. Para demostrarlo, hizo parejas de poetas: Darío y Jiménez, Machado y Lugones, Huidobro y Guillén, Neruda y García Lorca. Mas yo creo que el diálogo entre Europa e Iberoamérica viene de mucho más atrás que el Modernismo, viene desde el momento en que se escribió el primer poema en castellano en el Nuevo Mundo y continuó luego entre Luis de Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz, León Hebreo y el Inca Garcilaso de la Vega. Giuseppe Bellini, en su *Nueva Historia de la Literatura Hispanoamericana*, manifestó que “la gran etapa de la poesía hispanoamericana se inició con la Vanguardia, cuando se volvió hacia Europa, y los artistas europeos, especialmente los franceses, se convirtieron en modelos de las nuevas tendencias, ya que los jóvenes poetas hispanoamericanos leyeron con entusiasmo a Mallarmé y Apollinaire, a Eluard y Breton”. Fue sin dejar de mantener sus diferencias, porque los poetas de un país o de un continente no encuentran necesariamente afinidades con la obra de poetas de su país o su idioma. Es posible que los contemporáneos de uno se hallen en otras lenguas y en otras épocas, y existan paralelismos entre nuestros poetas y los poetas europeos. Así se podrían conformar parejas afines: Jorge Manrique y Francois Villon, Francisco de Quevedo y Séneca, Fray Luis de León y Horacio, Rubén Darío y Paul Verlaine, Jorge Luis Borges y la literatura inglesa, Octavio Paz y Mallarmé, José Gorostiza y Paul Valéry.

1. Vicente Huidobro

Nació en Santiago de Chile el 10 de enero de 1893. Joven aún, declaró su desacuerdo con los poetas del siglo XIX, habló de una poesía diferente de la de Rubén Darío y sus seguidores. En su manifiesto *Non serviam*, leído en el Ateneo de Santiago, declaró su independencia de la Naturaleza, y en el poema

“Arte poética” (*El espejo del agua*, Buenos Aires, 1916), proclamó:

Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas!
Hacedla florecer en el poema.

Ese mismo año, durante una conferencia en el Ateneo de Buenos Aires, enunció su fórmula: ‘La primera condición del poeta es crear; la segunda, crear; y la tercera, crear’. Por eso, desde aquel día él fue definido como un *creacionista*. En esa tónica, a fines de 1916, en París, estableció relaciones con los poetas reunidos en torno de la revista *Nord-Sud*: Guillaume Apollinaire, André Breton, Tristan Tzara y Max Jacob, y se conectó con los movimientos de ruptura. Durante este periodo, publicó libros en francés *Horizon carré* (1917) y *Tour Eiffel* (1918), así como libros en español *Ecuatorial* (1918) y *Poemas árticos* (1918). En 1921, en Madrid compiló el primer número de la revista internacional de las artes, *Creación*.

En 1931, el poeta chileno publicó su poema largo *Altazor*, el que el crítico Braulio Arenas describiría como la historia, contada en siete cantos, del discurso humano convertido en palabra poética.

Huidobro murió en Cartagena, Chile, el 2 de enero de 1948.

2. César Abraham Vallejo

Fue el menor de los 11 hijos de Francisco de Paula Vallejo Benites y María de los Santos Mendoza Gurrionero. Vio la luz en el pequeño pueblo de Santiago de Chuco el 16 de marzo de 1892. González Ruano lo describió como a un "hombre muy moreno, con nariz de boxeador y gomina en el pelo".

La infancia de Vallejo estuvo marcada por el hambre, como fue el caso de la poeta mazateca María Sabina, la sacerdotisa de los hongos alucinantes, en Oaxaca. En 1910 Vallejo se fue a Trujillo, Perú, para estudiar en la Facultad de Letras de la Universidad de la Libertad. Pero por problemas económicos se vio obligado a abandonar sus estudios y regresar a Santiago de Chuco.

En 1919, con *Los heraldos negros*, Vallejo pagó su deuda con los ritmos, imágenes y vocabulario del Modernismo mientras iniciaba su estilo personal y presentaba los temas predominantes en sus obras posteriores. La orfandad y la hermandad fueron sus temas recurrentes, en torno de los cuales convergieron otros motivos, como el sufrimiento, el amor, la religiosidad orientada socialmente y la pobreza. "La más alta y sincera poesía", escribiría Vallejo, "es lujo de la pobreza".

Durante una visita a su pueblo natal en el verano de 1920, en ocasión de las fiestas locales del santo patrón, la tensa atmósfera política estalló en un motín, y en el caos que se generó un hombre cayó mortalmente herido y una tienda fue saqueada y quemada. Vallejo, acusado de haber instigado el incidente con otros 19 individuos, fue sentenciado a 112 días de prisión.

Trilce (1922), su colección de poemas titulada originalmente *Cráneos de bronce*, quiso firmarla con el seudónimo de César Perú. Amigos que lo acusaron de tratar de emular a escritores como Anatole France lo indujeron a rechazar título y seudónimo. Se dice que el descubrimiento del título *Trilce* ocurrió mientras repetía en voz alta para sí mismo el precio del volumen, tres libras: "tres, tres, tres... tres, trisss, tril, trilss, trilce". Esta anécdota sobre el proceso creativo que lo condujo al título del poemario fue refutada por Georgette Philippart de Vallejo, su viuda, en una comunicación personal a mí en 1969. Lo atribuyó a un "descubrimiento estrictamente fonético, totalmente ajeno a libras".

En 1923, Vallejo se embarcó a Francia para nunca volver a Perú. El crítico André Coyné escribió que en París Vallejo pasó la segunda mitad de 1924 "en los umbrales de una montaña de dolores, crisis nerviosas, angustia incurable". Fue durante ese tiempo que su padre murió en Santiago de Chuco y el poeta mismo, estando a punto de morir a causa de hemorragias intestinales, pasó semanas en el Hospital de la Charité, donde temió por su vida y sufrió dolores físicos y depresiones espirituales increíbles. Georgette Vallejo, en otra comunicación personal que me hizo, negó este hecho diciendo que era exagerado y que Vallejo nunca había estado en dicho hospital.

En los años siguientes, Vallejo viajó a España y Rusia, donde se encontró con Pedro Salinas y Rafael Alberti. Neruda cuenta en *Confieso que he vivido* que cuando se lo presentaron en *La Rotonde*, el poeta peruano le dijo: "Usted es el más grande de todos nuestros poetas. Sólo Rubén Darío se le puede comparar". "Vallejo

–le dijo Neruda– si quiere que seamos amigos nunca vuelva a decirme una cosa semejante. No sé dónde iremos a parar si comenzamos a tratarnos como literatos”.

Vallejo, de acuerdo a Neruda, era más bajo de estatura que él, más delgado, más huesudo. Con unos ojos muy oscuros y una frente muy alta y abovedada. ‘Era sombrío tan sólo externamente, como un hombre que hubiera estado en la penumbra, arrinconado durante mucho tiempo. Era solemne por naturaleza y su cara parecía una máscara inflexible, casi hierática’. En París, el poeta peruano vivía del periodismo y de dar clases de español. Se hospedaba en hoteles baratos en compañía de Georgette, la hija de un conserje, según Neruda, con quien contrajo matrimonio en 1934. Al estallar la Guerra Civil en 1936, se puso del lado de la República y participó en colectas callejeras recaudando dinero en su favor. Vallejo fue cofundador del Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España. En el tiempo comprendido entre septiembre y diciembre de 1937 Vallejo escribió un testimonio poético: *España, aparta de mí este cáliz*.

“Los poemas en los que César Vallejo trabajó en sus años de París, desde 1923 o 1924 hasta pocos meses antes de su muerte en abril de 1938, presentan para la crítica problemas específicos, tanto en lo relativo a los manuscritos como a la cronología y redacción de los textos”, advirtió Américo Ferrari. “Estos poemas (los textos sin título y los poemas sobre España, en su gran mayoría escritos a máquina y corregidos a mano) fueron publicados con el título *Poemas humanos*, París, 1939... en el 'orden', según la viuda, en que los dejó Vallejo”.

En 1937, en los umbrales de la muerte, Vallejo experimentó el periodo creativo más intenso de su vida. Fue entonces que escribió la mayor parte de *Poemas humanos*, en los que colocó en cada poema el corazón del hombre anónimo y desafortunado. “Es un poeta de mucha mayor consistencia y calidad que su amigo Pablo Neruda”, consideró Thomas Merton, quien también dijo que “La obra de César Vallejo puede contarse entre los logros creadores más auténticos de nuestro tiempo”.

El 24 de marzo de 1938, César Vallejo fue internado en la Clinique Générale del Boulevard Arago, donde murió el 15 de abril de 1938 repitiendo en su delirio: “Voy a España, quiero ir a España”... Enterrado en el cementerio de Montrouge, sus restos fueron trasladados en 1970 al cementerio de Montparnasse.

3. Ricardo Eliecer Neftalí Reyes

Nació en Parral, Chile, el 12 de julio de 1904. Hijo del ferroviario José del Carmen Reyes Morales y de la maestra de primaria Rosa Basoalto, muerta de tuberculosis antes de que él cumpliera dos meses, pasó su infancia en Temuco, donde asistió al Liceo. Sus primeras lecturas fueron: Emilio Salgari, Julio Verne, Vargas Vila, Jorge Isaacs y Víctor Hugo. En 1920 escogió el seudónimo de Pablo Neruda, un compuesto de Paul Verlaine y de Jan Neruda, el autor de los *Cuentos de la Malá Strana*.

En 1921, Neruda vivió en una pensión de Santiago: “En la calle Maruri no. 513 terminé de escribir mi primer libro. Escribía dos, tres, cuatro y cinco poemas al día. En las tardes, al ponerse el sol, frente al balcón se desarrollaba un espectáculo diario, que yo no me perdía por nada en el mundo. Era la puesta del sol con

grandiosos hacinamientos de colores... Me refugié en mi poesía con ferocidad de tímido”. En 1923, vendió sus muebles y un reloj, regalo de su padre, para costear la publicación de *Crepusculario*, libro que aún estaba vinculado al Modernismo, y, en título, al poeta argentino Leopoldo Lugones de *Crepúsculos del jardín* (1905) y *Lunario sentimental* (1909).

Cuando Neruda retornó a Temuco en 1923, tuvo una experiencia curiosa: “Era más de medianoche. Antes de acostarme abrí las ventanas de mi cuarto. El cielo me deslumbró. Era una multitud pululante de estrellas. Vivía todo el cielo. La noche estaba recién lavada y las estrellas antárticas se desplegaron sobre mi cabeza. Me agarró una embriaguez de estrellas. Sentí un golpe celeste. Como poseído corrí a mi mesa y apenas tenía tiempo de escribir, como si recibiera un dictado... El poema es el primero de *El hondero entusiasta*”.

En 1954, en una conferencia en la Universidad de Chile, el poeta se referirá al momento en que empezó a escribir *Los Veinte poemas*. Dijo: “Son el romance de Santiago, con las calles estudiantiles, la Universidad y el olor a madreSelva del buen amor compartido. Los muelles de la ‘Canción desesperada’ son los viejos muelles de Carahue y de Bajo Imperial”.

En 1927, Neruda fue nombrado cónsul en Rangún, Burma, donde sus deberes oficiales, como él mismo explicó en sus cartas, eran inexistentes. Durante su estancia en el oriente su sueldo no sólo fue miserable, sino errático, le llegaba con meses de retraso, y debía pagar los gastos de oficina, renta, muebles, franqueo. En sus cartas de 1928 a González Vera proporciona las primeras noticias de un nuevo libro, *Residencia en la tierra*, publicado en dos partes en 1933 y en 1935. En esa correspondencia describía su estado de ánimo: “Yo sufro, me angustio con hallazgos horribles, me quema el clima, maldigo a mi madre y a mi abuela, converso días enteros con mi cacatúa, pago por mensualidades un elefante. Los días me caen en la cabeza como palos, no escribo, no leo, vestido de blanco y con casco de corcho, auténtico fantasma, mis días están influenciados por la tempestad y las limonadas”. Trasladado a Colombo, en un intercambio epistolar con el escritor Héctor I. Eandi, Neruda continuará dramatizando su vida desolada: “Estoy solo; cada diez minutos viene mi sirviente, Ratnaigh a llenar mi vaso. Me siento intranquilo, desterrado, moribundo.”

De regreso a Occidente, en 1940, fue nombrado Cónsul General de Chile en México, años que fueron polémicos a causa de la estrecha relación que él mantenía con el Partido Comunista, y por el atentado perpetrado por su amigo el pintor David Alfaro Siqueiros contra Trotski, y por sus declaraciones sobre los poetas mexicanos, en los que encontró “una absoluta desorientación y una falta de valor civil que realmente impresiona”. Mas la gota que derramó el vaso fue la publicación en 1941 de *Laurel. Antología de la poesía moderna española*, compilada por Xavier Villaurrutia, Emilio Prados, Juan Gil Albert y Octavio Paz. Ya en prensa, Neruda y León Felipe solicitaron a Editorial Séneca no aparecer en el libro por su enemistad hacia el escritor José Bergamín. No sólo eso, a causa de ese libro, hubo un altercado entre Neruda y Paz durante una cena de desagravio que le hacían al chileno los intelectuales mexicanos en el Centro Asturiano al marcharse de México.

En 1986 (en “Epílogo a *Laurel*”), Paz menciona el incidente: “Hubo discursos tronitantes y brindis exaltados. A la salida nos formamos en fila para

despedirnos de Pablo, que conversaba con Clemente Orozco, González Martínez y otras notabilidades. Había bebido. Cuando llegó mi turno, me abrazó, me presentó con Orozco, elogió mi camisa blanca –‘más limpia’, agregó, ‘que tu conciencia’- y comenzó una interminable retahíla de injurias en contra de *Laurel*, Bergamín y, claro, contra los otros autores de la maldita antología. Lo interrumpí, estuvimos a punto de llegar a las manos, nos separaron y unos refugiados españoles se me echaron encima para golpearme. Mi amigo José Iturrriaga los puso en fuga con dos guantadas. En la calle, me sentí abatido y roto, como un camarero humillado, como una campana un poco ronca, como un espejo viejo”.

Sobre aquella noche, el poeta Alí Chumacero me contaría luego que al término de la cena, “Pablo dijo: ‘Me gustaría saludar a Octavio’, pues había tenido una diferencia muy grave por la antología de *Laurel*. Paz se sentaba en el extremo del salón, en una de esas mesas enormes. Yo estaba al lado de Pablo y de La Hormiga (Delia del Carril), su esposa. Era la mesa de honor. Entonces, cuando vino Octavio a saludar a Neruda, éste le dijo: ‘Yo no saludo a maricones. Le digo maricón, porque usted es aliado de esos hijos de la tal por cual, esos maricones (Bergamín, Gil Albert y Prados)’. Un insulto muy desagradable por el que La Hormiga se apenó mucho: ‘Pablo, ¿qué haces?’. Pero no hubo, como lo cuenta Octavio por allí, que se iba a llegar a los golpes. No llegó a tanto. Mentira. Es imaginación del maestro Paz. Cuando terminó todo el zafarrancho, me preguntó Octavio: ‘Qué tal, Alí, qué tal estuve’. ‘Estuviste muy bien’, le dije. Que varios españoles se le querían echar encima a Octavio para golpearlo, son imaginaciones. Nada de eso hubo. En 1942, Octavio era un muchacho. Paz publicó su ‘Respuesta a un cónsul’ mucho después, cuando terminó la misión de Neruda en México y regresó a su tierra. Apareció cuando ya se había ido. La escribió seguramente cuando estaba Neruda empacando, que era la época de México en que se tardaba un mes en salir. Un día antes o dos o tres, en *El Nacional*, Pablo había hecho unas declaraciones, no ofensivas, mucho menos, pero equivocadas, sobre escritores y poetas jóvenes que prometían, no citaba a Octavio, naturalmente citaba a Efraín Huerta, como el gran poeta, citaba a José Revueltas, como al gran novelista”. Eso me dijo Alí Chumacero.

En 1966, conocí a Pablo Neruda en Nueva York durante el Congreso Mundial de Escritores del PEN Club. Arthur Miller, su presidente, había intervenido ante el Departamento de Estado para obtenerle una visa: “Esta no es una plataforma de la guerra, caliente o fría. Todos hemos sido inductados dentro de una sola causa. Nuestro propósito aquí es restaurar la diversidad. El PEN Club es una plataforma libre y abierta”, expresó Miller. En el Poetry Center, Archibald MacLeish manifestó que entre “Neruda y los EE.UU. no había conflicto de fines, sino de medios. Uno y otros buscaban la dignidad humana, simbolizada en los versos de Walt Whitman”. A una reportera, Neruda le contó: “Al colocar un retrato de Walt Whitman en mi biblioteca, en Isla Negra, el carpintero me preguntó: ‘Don Pablo, ¿es su papá?’ Yo le respondí: ‘¡Sí!’”.

En 1972, ya con el Premio Nobel de Literatura (en 1971), lo volví a encontrar. Él era embajador de Salvador Allende en Francia, y yo, camino a La Haya para recibir un cargo diplomático, me detuve en París. Cordialmente, nos invitó a mi esposa Betty y a mi hija Chloe a tomar un café en la residencia. Las noticias procedentes de Chile no eran alentadoras: asesinatos políticos, manifestaciones

callejeras, conflictos sindicales y desestabilizaciones provocadas por las compañías transnacionales. En su oficina, un abogado francés explicaba al poeta la estrategia legal para defender al gobierno chileno contra las demandas que acosaban a su país por encima y por debajo de la mesa. Abriendo un diálogo conmigo, me preguntó: “¿Qué escribes?”. Y hablamos de poesía.

Al despedirnos, Neruda, la cara pálida como su camisa blanca, me dijo: “Homero, estoy muy mal, quizás ésta sea la última vez que nos vemos. Tengo leucemia”. En efecto, esa fue la última vez que nos vimos. En noviembre de 1972, mientras me encontraba en Holanda, me enteré que había renunciado a la embajada y regresado a Chile. Luego, el 11 de septiembre de 1973, vendría el golpe militar de Augusto Pinochet contra Allende y los medios difundieron la muerte de Neruda en Isla Negra. Como su fallecimiento, el 23 de septiembre, coincidió con la caída del gobierno socialista, en un principio se dijo que lo habían asesinado los golpistas. La televisión de Holanda mostró imágenes de su sepelio, el cual se convirtió en una manifestación política de repudio a la junta militar, diciendo: “De todas las calles sale gente que se suma al cortejo. También asoman carros con militares apuntando sus ametralladoras, pero allí se detienen, seguramente quieren asustarnos. No lo consiguen. Cada vez se une más y más gente a este cortejo y se elevan las voces enteras, gritando: ‘Pablo Neruda, presente, ahora y siempre’”.

4. Borges, espejo del tiempo

Un día de abril de 1971, en Nueva York, el profesor Frank MacShane había reunido en la Universidad de Columbia a Jorge Luis Borges, Nicanor Parra, Emir Rodríguez Monegal y a mí, entre otros, en un simposio que llevaba el título de “Localismo e Internacionalismo en las Artes y en la Sociedad Latinoamericana”. Esa mañana, Borges estaba de buen humor y mientras yo hablaba de casos de provincialismo y cosmopolitismo en la literatura latinoamericana, él bromeó: “Hay provincianos de París y parisinos de Nicaragua, como Rubén Darío”. A Borges, con un gafete en la solapa que decía: Jorge Luis Borges. Escritor Argentino, le llegó el turno de hablar. Mas, casi al comienzo de su participación, el poeta chileno Nicanor Parra, que estaba en el público, lo interrumpió:

-Borges, hace unos días usted se declaró conservador.

-En un país como Argentina donde cada semana hay una junta revolucionaria, uno quiere conservar su gobierno más de una semana, es un conservador escéptico -replicó él.

-¿Por qué, Borges, en vez de conservador escéptico no puede ser un socialista escéptico? A mí, conservador me parece una palabra obscena -contestó Parra.

-Conservador tiene distintas connotaciones, como democracia -dijo Borges. Fui demócrata cuando en Argentina serlo era estar a favor de los Aliados. Pero no puedo ser socialista, por creer en el individuo frente al Estado, por no aceptar la intervención de éste en el arte.

-¿Y no sería partidario de una revolución que cambiase el estado actual de cosas por un mundo nuevo? -contraatacó Parra.

-Sería partidario de una revolución verdadera que excluyera la propaganda, en la cual los políticos no fueran personajes públicos. Recuerdo la serie de cosas que mi padre me decía que iban a desaparecer: banderas, ejércitos, colores de los mapas; profecía que no se ha cumplido. Pero ojalá que se hubiesen realizado. Ya no quiero tratar de política. Sé tan poco de ella, soy escritor.

-Borges, piensa usted en las masas de Latinoamérica cuando escribe? ¿Piensa en Vietnam? -lo increpó un estudiante cubano.

-No, ¿por qué iba a pensar en ellas?

-¿Por qué no existen?

-Cuando escribo no puedo pensar en todo lo que existe en el universo. Si tuviera que hacerlo no escribiría una línea. Tampoco pienso en la galaxia, en el binomio de Newton, en Shakespeare o en Virgilio, aunque esto último debiera hacerlo. Cuando escribo me reduzco al tema de mi cuento.

-Pero es que las masas mueren -vociferó el estudiante.

-Sí, yo también estoy muriéndome. Y espero morir pronto.

Borges dio por terminada la discusión. De entre el público se levantó otro estudiante colombiano y gritó:

-¿Así que usted no habla de Indochina porque es un problema político? Pues bien, ¡yo soy un problema político! Yo no le hablo más a usted, porque usted está muerto. Si lo encuentro en la calle le daría un ladrillazo.

-A lo mejor el ladrillazo se lo doy yo a usted -contestó Borges.

-Basta, si alguien aquí está muerto es usted y no Borges, el más respetable de los presentes -intervine yo.

-Y también le daría uno a su madre -vociferó el estudiante.

Al oírlo, Borges, visiblemente excitado, me preguntó:

-Ha insultado a mi madre, ¿adónde está ese individuo para darle un bastonazo?.

-No vale la pena, Borges, el individuo ese está muerto -Lo cogí del brazo para abandonar el salón.

-Quisiera salir solo, no vaya a pensar ese joven que le tengo miedo.

-Ya salió del salón, Borges, ya desapareció para siempre.

-Quisiera pasar a los sanitarios.

-Lo acompaño, Borges, para ver si usted es humano y no sólo producto de la imaginación -dije.

Entonces, seguidos por un séquito en el que se hallaban el crítico Emir Rodríguez Monegal y el periodista Enrique Loubet, entramos al mingitorio de la Universidad de Columbia:

-¿Recuerda, Borges, algunas imágenes literarias sobre el acto de orinar? -le pregunté.

-Recuerdo pasajes de Heráclito sobre el fluir de los ríos, una página del *Ulises* de James Joyce, donde se encuentran Leopold Bloom y Stephen Dedalus...

-Borges -lo interrumpí-, ‘hay un texto en *El Hacedor*, de un supuesto Gaspar Camerarius, que dice: ‘Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach? Ese texto algunos lo toman como una confesión de su impotencia sexual, ¿es cierto?’

Borges se puso serio y se quedó inmóvil frente al urinario. En torno suyo había enorme expectación. Después de un rato, sin sacar ni hacer nada, dijo: “Quisiera volver al salón. Creo que los organizadores del simposio nos están esperando para ir a comer”.

En 1981, invitamos a Borges a Morelia para participar en el Primer Festival Internacional de Poesía. Esta sería la primera vez donde en un festival de poesía alternaría con autores como Günter Grass, Seamus Heaney, Tomas Tranströmer y Octavio Paz, y Allen Ginsberg, Vasko Popa y João Cabral de Melo Neto.

Un domingo, último día del festival, me dirigí al aeropuerto de Morelia para recibirlo. Me acompañaba un representante del gobierno de Michoacán, una especie de James Cagney en la película *Alma negra*. Juntos escrutamos el cielo hasta que entre truenos y relámpagos apareció el avioncito en que Borges venía. En ese momento surgieron cientos de alacranes güeros arrastrados por el agua que inundaba los canales del aeropuerto. Para mi sorpresa, el James Cagney comenzó a picotearles la espalda con su paraguas para que se descargaran la uña envenenada contra sí mismos.

“Ya viene Borges, el autor de ‘Las ruinas circulares’ y de ‘Funes el memorioso’”, traté de distraerlo de los alacranes. Pero fue inútil, él, como un poseído, siguió picoteándolos. El avioncito aterrizó. El cuerpo del bardo argentino no podía salir del asiento, y con su cabeza de ciego se asomaba a la ventana. Para bajarlo, los pilotos tuvieron que plegar el asiento y yo me encontré sujetando en vilo al poeta de “Ajedrez”. Una vez en tierra, con humor, Borges se disculpó por haber llegado tarde. Dijo que él y María Kodama habían estado horas en el hotel esperando a que los recogiera la gente del gobierno para trasladarlos al aeropuerto para tomar el avión a Morelia. “No importa, en Argentina también somos impuntuales”, explicó.

De allí nos fuimos al Hotel Villa Montaña. Mi esposa Betty y yo los acompañamos a su cuarto. Sentado en un sillón, nos dijo: ‘Este hotel es muy bello’. ‘¿Por qué lo dice, Borges, si no puede verlo?’, pregunté. ‘Porque huele a rosas’.

En el restaurante, le presenté a Seamus Heaney. Borges le acarició las manos, murmurando “Irish poet, Irish poet”:

-En México llaman a los ciegos invidentes’ -dije.

-Extraño, ¿no?

-Borges, ¿cómo sabe cuándo es de día y cuándo de noche?

-Sé que es de día por ciertos ruidos que la gente hace, que es de noche por la temperatura del aire y por la ausencia de ruidos y movimientos. Se produce una especie de soledad física en torno mío. Lo peor es despertar en la cama de un hotel desconocido y no saber la hora que es. Entonces quisiera que mi madre estuviera conmigo para leerme un poema.

De nuevo en su cuarto, sentado delante de él, examiné su rostro céreo, sus órbitas donde bailaban los ojos fuera de lugar, su traje azul, su camisa limpia, su corbata a tono con el traje.

-¿Quiere que le diga un secreto? Sufro de insomnio -me dijo.

-¿Desde cuándo?

-Desde que estoy ciego.

-¿Qué le causa el insomnio?

-Pensar en un poema o en un cuento. Las palabras me dan vueltas en la cabeza.

No puedo dormir durante ese tiempo que los demás llaman noche.

-Regreso más tarde.

Salí del cuarto. Pero, ¿cuál sería mi sorpresa que cuando volví para llevarlo al recital allí estaba sentado en el sillón en la misma posición. Miraba hacia la puerta con los ojos abiertos.

Luego, en el teatro, Borges diría de memoria un solo verso de un poema dedicado a la Luna:

Hay tanta soledad en ese oro

Otro día, en la Ciudad de México, a la hora del tráfico, mientras Borges y los poeta eran transportados hacia la Sala Ollin Yoliztli para la Noche de Gala, él iba muy divertido porque sus colegas le habían dicho que al autobús le abrían paso motociclistas con sirenas, pues llevaba sobre el parabrisas un letrero que decía POETAS.

“El animal no sabe que va a morir, el hombre ha creado la muerte”, me dijo de repente el autor de “Los inmortales”.

Borges falleció en Suiza en junio de 1984, habiéndose casado días antes in extremis con María Kodama.

5. Octavio Paz, viaje al oriente de sí mismo

Una tarde de 1963, por primera vez me encontré con Octavio Paz, en la ciudad de México. Venía de París, adonde había servido en el servicio exterior mexicano, y se dirigía a la India, adonde había sido designado embajador. Andando entre los árboles de Paseo de la Reforma, me dijo entonces que se iba a la India porque no tenía una alternativa de trabajo en México y que poco le interesaba ese país asiático, procediendo él de otro país exótico. Esas revelaciones personales me sorprendieron, porque lo revelaban. La primera frase expresaba el sentimiento de no ser apreciado en su país. En la segunda frase no sospechaba la importancia que tendría para su vida y su obra el viaje a la India, pues allá iba a encontrar a Marie-José, el amor de su vida, y a experimentar un fuerte cambio espiritual, manifestado en sus libros *Ladera Este* y *El mono gramático*. Delante de mí estaba el poeta de "Piedra de Sol", ese poema circular de 590 versos que es toda una autobiografía lírica y que termina en dos puntos con las líneas con que comienza. Su obra se dividía en dos periodos, el mexicano-surrealista, recopilado en

Libertad bajo palabra y el de ruptura, o de rompimiento con su propio pasado poético, que se iniciaba con *Salamandra*. Ya habíamos tenido un contacto previo a través de la poesía. Yo le había enviado a París mi libro *La Tumba de Filidor* (1961) y él me había enviado una carta llena de reconocimiento.

Típico de Paz, desde la India, como antes lo había hecho desde Francia, su mirada crítica continuaría examinando la poesía mexicana. Fue entonces que Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y yo hicimos *Poesía en movimiento. México 1915-1966*. Las cartas que él mandó desde Nueva Delhi cuestionando la obra de algunos poetas mexicanos (varias dirigidas a mí) provocaron controversia. En el prólogo del libro, Paz alude a los criterios que gobernaban nuestra selección: “En un momento de la discusión surgió la verdadera divergencia: Alí Chumacero y José Emilio Pacheco sostuvieron que, al lado del criterio central de cambio, deberíamos tomar en cuenta otros valores: la dignidad estética, el decoro –en el sentido horaciano de la palabra-, la perfección. Aridjis y yo nos opusimos. Nos parecía que aceptar esa proposición era recaer en el eclecticismo que domina desde hace muchos años la crítica y la vida intelectual de México. Ni los convencimos ni nos convencieron. A pesar de que Aridjis y yo queríamos un libro *parcial*, nos inclinamos sin alegría”. El libro, que planeaba publicar el Fondo de Cultura Económica, con la destitución de su director Arnaldo Orfila Reynal por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, saldría en el recién fundado Siglo XXI.

La próxima vez que vi a Paz fue en julio de 1967, en Spoleto, Italia, adonde llegó de la India con Marie-José Tramini (con quien se había casado en Nueva Delhi) para participar en el Festival de los Dos Mundos, al cual también asistieron Giuseppe Ungaretti, Mario Luzi, Allen Ginsberg, Ingeborg Bachmann, Charles Tomlinson, Rafael Alberti, John Berryman, Stephen Spender y yo.

Paz y Marie José, Betty y yo visitamos juntos Assisi para ver los frescos de Giotto, paseamos por el Chioistro dei Morti y subimos al Eremo delle Carceri, donde se encontraba el lecho de piedra donde dormía San Francisco. “El único santo occidental que se parece a uno del oriente”, nos dijo Paz.

El domingo 2 de julio en la noche, cuando asistíamos Paz, Tomlinson y yo, con nuestras respectivas esposas, a la ópera *Don Giovanni* de Mozart, con escenografía de Henry Moore, nos dimos cuenta que llegaba Ezra Pound acompañado de dos mujeres. Octavio comentó: “Si fuera Mallarmé iría a saludarlo, pero como no es Mallarmé...”.

Pound era uno de los poetas más famosos del mundo, un reportaje en la revista *Life* con fotos recientes de él en Venecia lo había mostrado con el ceño fruncido, los ojos penetrantes y con un porte tipo Walt Whitman. Nacido en Idaho, autor de *Personae* y los *Cantos*, había residido en Rapallo durante la Segunda Guerra Mundial, pero por difundir diatribas por radio contra su país en favor de la Italia de Benito Mussolini, al fin de la guerra mundial había sido exhibido en una jaula en Pisa. Declarado mentalmente insano, internado en St. Elizabeths Hospital en Washington para salvarle la vida, de regreso a Italia escogió el silencio. En el intermedio de la obra musical, salíamos de la sala cuando mi esposa Betty me dijo: “Mira quien viene detrás de nosotros”. Volteé y vi a Ezra Pound caminando con Henry Moore. En el vestíbulo nos hallamos con él frente a frente. En la dulcería, Olga Rudge, la mujer que había sacrificado su carrera para cuidarlo, le preguntó: “¿Tienes hambre?”. Él asintió con la cabeza y ella le compró una pizza.

“Es todo lo que hay”, dijo, y él empezó a comerla con dificultad por la falta de dientes. Nuestro grupo lo rodeó: Octavio Paz, Marie-José, Charles Tomlinson y su esposa Brenda, Allen Ginsberg, Betty y yo. Todos trataban de llamar su atención. Ginsberg le cantó un mantra con gesticulación de manos, pues él guardaba hosco silencio y evitaba mirar a los presentes a la cara, manteniendo bajos ‘sus ojos de basilisco’, diría Betty. A mí se me ocurrió decirle que era amigo de Gerhardt Munch, un pianista alemán amigo suyo de los tiempos de preguerra de Italia que vivía en México. Pound le había dedicado el Canto 75. Le dije que estaba bien. Me miró con fijeza, como si hubiera tocado una cuerda íntima que removía su pasado. Llamaron a la sala y todos volvimos a los asientos. Hasta que al término de la función, parados Betty y yo a la salida del teatro, vimos a Pound abordar un coche y a Olga decirnos adiós con la mano.

Otra noche en Spoleto, Allen Ginsberg fue arrestado después de su recital, por haber dicho en un poema una expresión coloquial para designar masturbación (*jack off*), y no la palabra técnica. Los *carabinieri*, presentes en el teatro, al término de los aplausos se lo habían llevado a la comisaría. Octavio Paz y yo fuimos los únicos que nos dimos cuenta de su desaparición y acompañados de nuestras esposas fuimos a rescatarlo. Cuando el poeta *beat* fue liberado y salió a la calle, vino hacia nosotros con un gesto en la cara de acabar de salir de una sesión en la que había tenido un gran éxito público.

“Los seis años de la India fueron un continuo descubrimiento: los paisajes y las gentes en sus paisajes. Mejor dicho, las gentes como si fueran paisajes, pero no paisajes físicos, sino históricos y síquicos, paisajes humanos que eran como lugares de intersección entre lo que los antropólogos llaman la naturaleza y la cultura”, diría Octavio Paz en marzo de 1975 durante una conferencia en el Colegio Nacional. *Ladera este* (1969) recoge los poemas escritos en la India, Afganistán y Ceilán, “en la vertiente oriental de nuestro planeta”. El título estaba inspirado por el poeta de la dinastía Sung, Su Tung-po, quien, según el sinólogo Burton Watson, se hizo llamar a sí mismo “El caballero de la ladera este”, porque tenía una propiedad que él mismo cultivaba en la vertiente este de una colina.

En 1968, mientras Paz se encontraba en la India, en el mundo había turbulencia: el Mayo Francés, la Primavera de Praga que sofocó la invasión soviética, los asesinatos de Martin Luther King y Robert F. Kennedy en Estados Unidos, la matanza de Mai Lai en Vietnam (conocida hasta 1969); en Bolivia, la ejecución del Che Guevara en La Higuera, el 9 de octubre de 1967. En México, la matanza de Tlatelolco del 2 de octubre de 1968, cuando 15 mil estudiantes marcharon por las calles de la ciudad. En la Plaza de las Tres Culturas, al anochecer, los manifestantes fueron rodeados por entre 5 y 10 mil soldados y por más de 300 carros blindados. Tiradores se posicionaron en los pisos superiores de los edificios. A las 6:10 dos helicópteros sobrevolaron la plaza y lanzaron señales luminosas. Los tiradores, el ejército y la policía dispararon contra la multitud. Los hombres armados del Batallón Olimpia, cada uno llevando un guante blanco en la mano izquierda para identificarse entre ellos, se precipitaron para arrestar a los líderes estudiantiles. Cuando cesó el tiroteo, cientos de personas estaban muertas. Las cifras oficiales fueron de 32 muertos, pero obviamente murieron muchos más. Cien fueron identificados por nombre, pero corrieron rumores que muchos cadáveres habían sido arrojados en el Golfo de México.

Paz pidió licencia a la Secretaría de Relaciones Exteriores en protesta por los métodos violentos empleados por el gobierno antes de la celebración en México de los Juegos Olímpicos el 12 de octubre. En su carta al gobierno, expresó:

Anoche por la BBC de Londres me enteré de que la violencia había estallado de nuevo en México. La prensa india de hoy confirma y amplía la noticia de la radio: las fuerzas armadas dispararon contra la multitud, compuesta en su mayoría por estudiantes. El resultado: más de veinticinco muertos, varios centenares de heridos y un millar de personas en la cárcel.

No describiré a usted mi ánimo. Me imagino que es el de la mayoría de los mexicanos: tristeza y cólera. Desde hace veinticuatro años pertenezco al Servicio Exterior de México... No siempre, como es natural, he estado de acuerdo con todos los aspectos de la política gubernamental, pero esos desacuerdos nunca fueron tan graves o tan agudos para obligarme a un examen de conciencia...

Paz fue cesado. Desde 1968, cuando dejó la embajada, por varios años llevó una vida nómada. Su temática había cambiado con la experiencia de la India, aunque ya antes, en *Salamandra* (1962) había atisbos de cambio hacia un nuevo lenguaje, como en su poema "Movimiento", que bien hubiera podido haber sido escrito en la India, ya que en un fluir de palabras y de imágenes en contrapunto femenino/masculino el poema se va haciendo espontáneamente, lúdicamente.

A comienzos de diciembre de 1997, mi esposa Betty y yo lo visitamos en la casona de Francisco Sosa, en Coyoacán, su última residencia. Enfermo de cáncer, el rostro enflaquecido y en silla de ruedas, nos sorprendió su impaciencia intelectual, la cual buscaba que la plática se apartara de las trivialidades cotidianas y se dirigiera a temas más profundos y noticias de amigos comunes. Ansiosamente me preguntaba: "¿Qué más, qué más?"

El miércoles 17 de diciembre, días antes de su muerte, el presidente Ernesto Zedillo, en la ceremonia de constitución de la Fundación Octavio Paz, señaló que "Hace tiempo que México debía a Octavio Paz un monumento como éste", una fundación apoyada por el gobierno y la aportación económica de 11 millones de dólares de hombres de empresa. En ese acto, Paz recordó que cuando era niño oyó una anécdota que le impresionó: "Preguntado Alejandro si quería ser la espada o la trompeta, él respondió sin vacilar: la espada. Si a mí me hubieran preguntado algo parecido habría respondido lo contrario: la trompeta".

Esa fue la respuesta de un hombre con el cuerpo hundido en una silla de ruedas, la cara avejentada y las manos temblorosas. Sus palabras parecían brotar de una larga y profunda reflexión: "México es un país solar... Pero también es un país negro, un país oscuro. Esta dualidad de México me ha preocupado desde que era niño".

Paz murió en brazos de su esposa Marie-José, después de 34 años de vivir juntos desde su encuentro en la India.

Alguna vez le dediqué este poema a Octavio Paz, pero vale para todos los poetas:

El poema

El poema gira sobre la cabeza de un hombre
en círculos ya próximos ya alejados.
El hombre al descubrirlo trata de poseerlo,
pero el poema desaparece.
Con lo que el hombre puede asir hace el poema.
Lo que se les escapa permanece a los hombres futuros.